

¿Cicerón y Horacio preceptistas de la traducción?

VALENTÍN G^a YEBRA

I. CICERÓN

1. Es opinión corriente que los primeros testimonios escritos sobre la propia manera de traducir proceden de Cicerón. El más importante, o al menos el más citado, sería el que aparece en *De optimo genere oratorum* 13-14 y 23. He aquí el texto de ambos pasajes:

Sed cum in eo magnus error esset, quale esset hic dicendi genus [i e Attice], putavi mihi suscipiendum laborem utilem studiosis, mihi quidem non necessarium. Converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter seque contrarias, Aeschinus et Demosthenis, nec converti ut interpres, sed ut orator, sententis isdem et earum formis tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omne verborum vimque servavi. Non enim ea me adnumerare lectori putavi oportere, sed tamquam adpendere (13-14)

Quorum ego orationes si, ut spero, ita expressero virtutibus utens illorum omnibus, id est sententis et earum figuris et rerum ordine, verba persequens eatenus, ut ea non abhorreant a more nostro —quae si e Graecis omnia conversa non erunt, tamen ut generis eusdem sint elaboravimus—, erit regula, ad quam dirigantur eorum orationes qui Attice volent dicere. Sed de nobis satis. Aliquando enim Aeschinem ipsum Latine dicentem audiamus (23)¹

«Mas, por ser grande el error en lo relativo a esta manera de hablar [en estilo ático], pense que debía emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque para mí innecesario. Por eso vertí los discursos más famosos, y opuestos entre sí, de los dos oradores áticos más elocuentes, Esquines y

¹ Cito por The Loeb Classical Library. Cicero, *De inventione, De optimo genere oratorum, Topica*, with an English Translation by H. M. Hubbell, London, 1960.

Demostenes, pero no los verti como intérprete, sino como orador, con las mismas ideas y con sus formas a modo de figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso. No me pareció necesario volver palabra por palabra, pero conserve todo su estilo y su fuerza. Pues no me considere obligado a contárselas al lector, sino, por decirlo así, a pesárselas (13-14)

Si, según creo, he reproducido estos discursos conservando todos sus valores, es decir, los pensamientos y sus figuras y el orden de la exposición, ciñen dome a las palabras solo en la medida en que no se apartan de nuestro uso —pues aunque estas no hayan sido vertidas todas del griego, ciertamente nos hemos esforzado en que sean del mismo estilo—, habrá una norma por la que se rijan los discursos de quienes deseen expresarse al modo atico. Pero no hablemos más de nosotros. Oigamos ya en latín al propio Esquines» (23)

2 *De optimo genere oratorum* no es un escrito independiente, es una especie de prólogo a la versión latina de los discursos mencionados en el primero de los pasajes transcritos. Se trata del que pronunció Esquines *Contra Ctesifonte* y de la triunfal defensa que hizo Demóstenes, conocida por el título *Sobre la corona*. Esta introducción fue escrita hacia el año 46 a. de C., es decir, cuando Cicerón andaba ya por los sesenta. De su traducción de aquellos discursos no se conserva nada. Y aunque, refiriéndose a ella, Cicerón usa reiteradamente el pretérito perfecto de indicativo *converti non necesse habui servavi putavi* (13-14), *elaboravimus* (23), se ha llegado a pensar en la posibilidad de que escribiera el prólogo antes que la traducción y ésta se quedara en proyecto, sospecha, a mi parecer, infundada, no sólo porque sería un tanto extraño el mencionado uso del perfecto, sino también porque, como veremos luego, san Jerónimo parece haber leído en latín ambos discursos.

3 Con su habitual complacencia en el propio mérito, advierte Cicerón que no emprendió este trabajo porque a él le fuese necesario, sino porque lo consideraba útil para los estudiosos (*putavi mihi suscipiendum laborem utilem studiosis, mihi quidem non necessarium*). Cicerón, en efecto, sabía muy bien el griego y podía, desde su juventud, leer sin dificultad las obras escritas en esta lengua. Pero lo que más nos interesa de estas manifestaciones es su eventual valor metodológico para la traducción.

4 Cicerón afirma que, al verter los discursos mencionados, no ha procedido como intérprete, sino como orador (*nec converti ut interpres sed ut orator*). Notemos, ante todo, que usa un solo verbo para referirse a dos modos opuestos de trasladar del griego al latín el contenido de un texto: «*converti* orationes, nec *converti* ut [*convertit*] interpres, sed ut [*convertit*] orator» «*verti* los discursos, pero no los *verti* como [los *vierte*, o los *vertería* un] intérprete, sino como [los *vierte* un] orador». Tanto el orador como el intérprete *convertunt* «*vierten*», pero de manera

muy diferente. (Traduzco *convertere* por «verter», no por «traducir», para no inducir al lector a prejuzgar la valoración ciceroniana de lo que modernamente entendemos por «traducción») ¿En qué consiste el «verter» (*convertere*) como intérprete y el «verter» como orador?

41 Lo que sigue inmediatamente contesta a la segunda parte de la pregunta. «Verter como orador» es conservar las mismas ideas y sus formas o, por decirlo así, sus figuras, pero con palabras acomodadas al uso romano (*sententus isdem et earum formis tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis*). Cicerón distingue aquí dos elementos del discurso: a) las ideas o los pensamientos (*sententiae*) junto con las formas o figuras de que el autor original los reviste (*formae tamquam figurae*), b) las palabras (*verba*) usadas para expresarlos. Si un orador romano quiere verter al latín discursos de oradores áticos, debe reproducir exactamente su contenido lógico y su estructura retórica; las palabras, no está obligado a verterlas una por una (*non verbum pro verbo necesse habui reddere*), aunque sí debe conservar íntegro su «género» (= calidad, registro o estilo) y su fuerza (*sed genus omne verborum vimque servavi*).

En el último párrafo (23), Cicerón insiste en la aclaración de su concepto del *vertere ut orator*. Piensa que habrá logrado verter como orador si ha conseguido trasladar —y así lo cree— todos los valores de los discursos originales (*si, ut spero, [orationes eorum] ita expressero virtutibus utens illorum omnibus*), es decir, las ideas y sus figuras y el orden de la exposición (*id est sententiis et earum figuris et rerum ordine*), mostrándose más libre en cuanto a las palabras, cuya norma fundamental ha de ser que no se aparten de la costumbre latina (*ut non abhorreant a more nostro*), y, aunque no respondan exactamente a las griegas, deben ser del mismo género (*quae si e Graecis omnia conversa non erunt, tamen ut generis sint eiusdem elaboravimus*).

42 Lo dicho sobre la manera de verter como orador aclara hasta cierto punto qué entendía Cicerón por «verter como intérprete». La oposición entre ambos procedimientos no podía consistir en el tratamiento del contenido lógico del original. El intérprete no podía permitirse en este punto más libertades que el orador. También él estaba obligado a reproducir con la mayor exactitud posible las ideas, las figuras y el orden expositivo. La diferencia entre ambas actitudes se refería a las palabras. De las expresiones tulfanas se deduce que el intérprete vertía «palabra por palabra» (*verbum pro verbo*), considerándose obligado a dar al lector el mismo número de ellas que hubiese en el original, contándolas como si fuesen monedas (*ea adnumerare lectori putans oportere*), en vez de, por decirlo así, pesar su contenido (*tamquam adpendere*), y a no poner en su propio texto ninguna que no tuviera otra correspondiente en el griego (*verba persequens ita ut e Graecis omnia conversa sint*).

5 La primera de las traducciones ciceronianas de que tenemos noticia es la del *Económico* de Jenofonte. Cicerón se refiere a ella en *De officiis* II, 87. *Has res commodissime Xenophon Socraticus persecutus est in eo libro qui «Oeconomicus» inscribitur, quem nos, ista fere aetate cum essemus qua es tu nunc, e Graeco in Latinum convertimus* («Esto lo expuso muy bien Jenofonte el Socrático en su libro titulado «Económico», que yo vertí del griego al latín cuando tenía más o menos tu edad») Cicerón se dirige aquí a su hijo Marco, quien, cuando se escribió *De officiis*, contaba veintiún años. Según esto, habría vertido al latín el *Económico* hacia el 85, casi cuarenta años antes que los discursos de Esquines y Demóstenes. (Nótese que el verbo usado aquí, *convertimus*, es el mismo que se repite en *De optimo genere oratorum*)

Philippon (*Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, 2 Reihe, 13 Halbband, col 1104) opina que «la traducción (*Übersetzung*), a juzgar por los pocos fragmentos conservados, era literal (*wortlich*)». Considera especialmente bien traducido el fragmento 6, citado en *De senectute* XVIII, 59, pero advierte que no sabemos si Cicerón tomó este fragmento de su traducción primera o lo tradujo de nuevo (*De senectute* es del año 44). Pues bien, la comparación de este pasaje con el texto correspondiente de Jenofonte (*Económico* IV, 20-25) demuestra que tampoco aquí trató Cicerón de verter como intérprete, sino como orador. El texto latino —si cerramos los ojos ante el desliz de Cicerón al dar a Ciro el Menor el título de rey, que no llegó a tener nunca— reproduce bien la escena descrita en el original, pero la condensa de suerte que su extensión es aproximadamente la mitad que la del texto griego. A fin de que el lector pueda juzgar por sí mismo, reproduzco a continuación el texto de Jenofonte (que tomo de las páginas 304-6 de la edición de Juan Gil citada en la nota 2) y el de Cicerón (Madrid, Gredos, 1975, 5^a ed. revisada, por A. M^a Martín Tordesillas)

- 125 **20** Οὗτος τοίνυν ὁ Κῦρος λέγεται Λυσάνδρῳ, ὅτε ἦλθεν ἄγων αὐτῷ τὰ παρὰ τῶν συμμάχων δῶρα, ἄλλα τε φιλοφρονεῖσθαι, ὡς αὐτὸς ἔφη ὁ Λύσανδρος ξένῳ ποτέ τιτι ἐν Μεγάροις διηγούμενος, καὶ τὸν ἐν Σάρδεσι παράδεισον ἐπιδεικνύουσι αὐτὸν ἔφη **21** Ἐπεὶ δὲ ἐθαύμαζεν αὐτὸν ὁ Λύσανδρος ὡς καλὰ μὲν τὰ δένδρα εἶη, δι' Ἰσου δὲ αὐτὰ
- 130 πεφυτευμένα, ὀρθοὶ δὲ οἱ στίχοι τῶν δένδρων, εὐγώνια δὲ πάντα καλῶς εἶη, ὄσμαι δὲ πολλαὶ καὶ ἡδέϊαι συμπαρομαρτοῖεν αὐτοῖς περιπατοῦσι, καὶ ταῦτα θαυμάζων εἶπεν Ἄλλ' ἐγὼ τοι, ὦ Κῦρε, πάντα μὲν θαυμάζω ἐπὶ τῷ κάλλει, πολὺ δὲ μᾶλλον ἄγαμαι τοῦ καταμετρήσαντός σοι καὶ διατάξαντος ἕκαστα τούτων **22** Ἀκούσαντα δὲ ταῦτα τὸν Κῦρον ἡσθῆ-
- 135 ναί τε καὶ εἰπεῖν Ταῦτα τοίνυν, ὦ Λύσανδρε, ἐγὼ πάντα καὶ διεμέτρησα καὶ διέταξα, ἔστι δ' αὐτῶν, φάναι, ἅ καὶ ἐφύτευσα αὐτός **23** Καὶ ὁ Λύσανδρος ἔφη, ἀποβλέψας εἰς αὐτὸν καὶ ἰδὼν τῶν τε ἱματίων τὸ κάλλος ὧν εἶχε καὶ τῆς ὀσμῆς αἰσθόμενος καὶ τῶν στρεπτῶν καὶ τῶν

ψελίων [τὸ κάλλος] καὶ τοῦ ἄλλου κόσμου οὐ εἶχεν, εἰπεῖν τί λέγεις, φάναι, ὦ Κύρε· ἢ γὰρ σὺ ταῖς σαῖς χερσὶ τούτων τι ἐφύτευσας. 24 Καὶ 140 τὸν Κύρον ἀποκρίνασθαι· Θαυμάζεις τοῦτο, [ἔφη,] ὦ Λύσανδρε, ὄμνουμι σοὶ τὸν Μίθρην, ὅταν περ ὕγιαίνω, μηπώποτε δειπνήσαι πρὶν ἰδρῶσαι ἢ τῶν πολεμικῶν τι ἢ τῶν γεωργικῶν ἔργων μελετῶν ἢ αἰεὶ ἔν γέ τι φιλοτιμούμενος. 25 Καὶ αὐτὸς μέντοι ἔφη ὁ Λύσανδρος ἀκούσας ταῦτα δεξιῶσασθαι τε αὐτὸν καὶ εἰπεῖν Δικαίως μοι δοκεῖς, ὦ Κύρε, εὐδαίμων 145 εἶναι ἀγαθὸς γὰρ ὢν ἀνὴρ εὐδαιμονεῖς

Cyrum minorem, Persarum regem, praestantem ingenio atque imperii gloria, cum Lysander Lacedaemonius, vir summae virtutis, venisset ad eum Sardis eique dona a sociis attulisset, et ceteris in rebus comem erga Lysandrum atque humanum fuisse et ei quemdam consaepum agrum diligenter consitum ostendisse. Cum autem admiraretur Lysander et proceritates arborum et directos in quincuncem ordines et humum subactam atque puram suavitatem odorum, qui adflarentur e floribus, tum eum dixisse mirari se non modo diligentiam, sed etiam sollertiam eius, a quo essent illa dimensa atque discripta, et Cyrum respondisse «Atque ego ista sum omnia dimensus, mei sunt ordines, mea discriptio, multae etiam istarum arborum mea manu sunt satae» Tum Lysandrum intuentem purpuram eius et nitorem corporis ornatumque Persicum multo auro multisque gemmis dixisse «Rite vero te, Cyre, beatum ferunt, quoniam virtuti tuae fortuna coniuncta est!»

La diferente extensión de uno y otro texto patentiza ya que no puede tratarse de una traducción. La brevedad del latino se debe a las numerosas omisiones que, sin pretender ser exhaustivo, relaciono a continuación:

- 126-7: ὡς αὐτὸς ἔφη . διηγούμενος
- 128. αὐτόν
- 129 αὐτόν
- 131 πολλαὶ καὶ συμπαρομαρτοῖεν αὐτοῖς περιπατοῦσι
- 133· σοὶ
- 134-5. ἀκούσαντα ταῦτα ἠσθῆναί τε καὶ
- 135 ὦ Λύσανδρε
- 137-9. ἀποβλέψας εἰς αὐτόν. . ψελίων
- 139-45 τί λέγεις δεξιῶσασθαι τε αὐτόν καὶ εἰπεῖν

Por otra parte, hay en el texto latino algunas adiciones, e d. conceptos que, al menos explícitamente, no figuran en el original griego. He puesto en cursiva las palabras que los expresan

Por último, podrían señalarse las siguientes alteraciones del pensamiento de Jenofonte

1^a En el texto griego no se dice expresamente dónde se produjo el encuentro de Lisandro con Ciro, pudo ser lejos de Sardis y haber ido luego juntos a la ciudad Cicerón dice que el encuentro tuvo lugar en Sardis («*cum venisset ad eum Sardis*»)

2^a En el texto latino se sustituye el «parque de Sardis» (τὸν ἐν Σάρδεσι παράδεισον) por «cierto campo cercado y diligentemente plantado» (*quemdam consaeptum agrum diligenter consitum*), que podía estar fuera de la ciudad

3^a La «hermosura de los árboles» (ὡς καλὰ μὲν τὰ δένδρα) se convierte en «altura» (*proceritates arborum*)

4^a La primera manifestación de Lisandro, que comienza en la línea 132 y termina en la 134 del texto griego, toda en estilo directo, pasa al latín en estilo indirecto, procedimiento inadmisibles en cualquier traducción Además, en el texto griego, Lisandro admira la belleza del conjunto (πάντα μὲν θαυμάζω ἐπὶ τῷ κάλλει) y mucho más al hombre que midió y trazó todo aquello para Ciro (πολὺ δὲ μᾶλλον ἄγαμαι τοῦ καταμητήσαντός σοι καὶ διατάξαντος ἕκαστα τούτων) En el texto latino, lo que admira Lisandro es la diligencia y habilidad del que midió y ordenó aquello (*non modo diligentiam, sed etiam sollertiam eius, a quo essent illa dimensa atque discripta*) En Jenofonte tiene gran importancia σοι, cuyo equivalente falta en el texto latino (también lo ha omitido J Gil en su traducción española). Ese pronombre da a entender dos cosas *a*) que la plantación pertenece a Ciro, *b*) que a Lisandro ni siquiera se le ocurre pensar que haya podido ser el propio Ciro quien trazó y dirigió la plantación Le parece natural que otro haya trabajado para él Esta idea de Lisandro da más relieve a la contestación de Ciro Ταῦτα τοίνυν, ὦ Λύσανδρε, ἐγὼ πάντα διεμέτρησα καὶ διέταξα («Pues todo esto, Lisandro, lo medí y ordené yo mismo») De lo dicho hasta ahora en el texto de Cicerón ni siquiera se deduce que aquel campo tan admirablemente plantado perteneciese a Ciro

5^a Ciro, según Jenofonte, dice haber plantado personalmente *algunos* de aquellos árboles Cicerón le hace decir que han sido *muchos* los que ha plantado con sus propias manos (*multae istarum arborum mea manu sunt satae*)

6^a Jenofonte menciona la *belleza* de las vestiduras de Ciro, sin especificar telas ni colores Cicerón habla de *púrpura*, y sustituye el perfume, los collares y los brazaletes (τῆς ὀσμῆς αἰσθόμενος καὶ τῶν στρεπτῶν καὶ τῶν ψελίων) por mucho oro y muchas gemas (*multo auro multisque gemmis*)

7^a Finalmente, después de suprimir siete líneas enteras del original, que contienen sendas manifestaciones de Lisandro y de Ciro en estilo directo, así como el detalle del apretón de manos, Cicerón altera la manifestación final de Lisandro, con que concluye el relato Lisandro, en efecto, le dice a Ciro «Tu felicidad me parece justa» (e d, ve por sí

mismo que Ciro es feliz, y le parece bien que lo sea). Según el texto de Cicerón, Lisandro no se basa en lo que él mismo ve, sino en lo que dicen otros (*te beatum ferunt*). En cambio, es insuperable la traducción de las últimas palabras ἀγαθὸς γὰρ ὢν ἀνὴρ εὐδαιμονεῖς *quoniam virtuti tuae fortuna coniuncta est!*, traducción probablemente fortuita, pues todo demuestra que Cicerón no pretendió traducir, sino acomodar a su propósito (elogio de la agricultura) el pasaje de Jenofonte².

Esto lo vio ya con toda claridad Pierre Daniel Huet. En el primero de los dos libros que componen su obra *De interpretatione*³ enumera así las obras griegas que Cicerón puso en latín *is Aratum Romano carmine retulit is nobilissimas Aeschius et Demosthenis orationes Timaeum Platonis, ejusdem Protagoram, Xenophontis Oeconomicum Epicuri aliorumque locos complures Latine reddidit, quorum maximam nobis partem annorum injuria subtraxit* (p. 45) Lamenta que de estas producciones de Cicerón se haya perdido casi todo, y sólo muy pocos fragmentos, recogidos por Henri Estienne, hayan escapado a la acción destructora del tiempo Y le parece casi imposible juzgar por tales fragmentos cuál fue el método seguido fundamentalmente por Cicerón en sus interpretaciones: *vix ac ne vix quidem de ea ratione existimari possit, quam in interpretando potissimum Tullius executus est* (pp. 45-46) La obra de cuya versión tulliana se han conservado más fragmentos es precisamente el *Económico*, por haberlos recogido en sus libros Columela. Pero ni siquiera con relación a esta obra consta claramente si Cicerón pretendió actuar como traductor o hacer un *Económico* propio basado en el de Jenofonte. *Verumtamen eumne Xenophontis librum, ut interpres, transferre, an Oeconomicum alterum ex Oeconomico Xenophontis effingere, et quae ab eo de rei familiaris administratione disputata sunt, explicare Latine propositum Cicero habuerit, minime quidem satis extat* (p. 46) Columela afirma, según Huet, que Cicerón siguió aquí la autoridad, pero no tradujo las palabras de

² Juan Gil, en su edición bilingüe de esta obra (Jenofonte, *Económico*, edición, traducción y notas por , Sociedad de estudios y publicaciones, Madrid, 1967, pág. 131), escribe «Extrayendo de estos lugares una conclusión extrema, supuso K Schenkl que Cicerón no hizo una traducción, sino una refundición libérrima de la obra jenofonteá. Ahora bien, los fragmentos conservados no abonan ni mucho menos esta teoría, ya que en todos ellos se sigue una traducción *ad pedem litterae* del texto griego, como han señalado W Lundstrom y K Virk, lo cual no es óbice para que Cicerón deslíe o amplifique a su gusto el pensamiento jenofonteo» Evidentemente, ni J Gil ni Lundstrom ni Virk compararon con el pasaje correspondiente de Jenofonte el fragmento incluido en *De Senectute* Y una traducción *ad pedem litterae* sí es óbice, y óbice insalvable, para que el traductor «deslíe o amplifique a su gusto el pensamiento» del autor original

³ *Petri Danielis Hueti De Interpretatione Libri Duo Quorum Prior est De Optimo Genere Interpretandi, Alter De Claris Interpretibus* PARISII, Apud Sebastianum Cra-moisy, Regis et Reginae Architypographum, viâ Iacobaeâ, Sub Ciconus, M DCLXI

Jenofonte *Columella auctoritatem Xenophontis in eo secutum fuisse Ciceronem scribit, non verba interpretatum (ibid.)*. Y, refiriéndose al pasaje que hemos transcrito y comentado, llega a decir Huet que, si alguien considera traducción el relato de la conversación de Lisandro con Ciro tal como lo ha transmitido Tulio en su *Catón*, hay que desearle la salud mental: *quemadmodum ex eodem Xenophontis libro, habitum Lysandro cum Cyro minore sermonem retulit Tullius in Catone, quem pro interpretatione sermonem quicumque habuerit, et sana mens optanda sit (ibid.)*

6. Proceden también de su primera juventud los (*Carmina*) Aratea, que han sido considerados como «traducción» de los Φαινόμενα de Arato (cfr. Karl Buchner, *Paulys R. E. d. C. A.*, 2. Reihe, 13. Halbband, col. 1237 s.). Cicerón puso además en latín, al menos fragmentariamente, dos diálogos de Platón, el *Protágoras* y el *Timeo*, y pasajes más o menos extensos de otros muchos autores griegos, que incluyó como ornato en sus escritos, según dice él mismo en *Tusc II 11, 26: verti etiam multa de Graecis, ne quo ornamento in hoc genere disputationis careret Latina oratio* («vertí también muchas cosas del griego, para que la lengua latina no careciese de ningún ornato en esta clase de estudios [se refiere a los filosóficos]») Entre estos pasajes, los hay de Homero (*Iliada* y *Odisea*), Esquilo (*Prometeo encadenado* y *Prometeo liberado*), Sófocles (*Traquinias* y *Ajax*), Eurípides (*Hipólito*, *Fenicias*, *Orestes*, *Andrómaca*, *Teseo*, *Cresfontes*, *Hipsípila*), etc, etc Según Büchner (*ibid*, col 1257), son especialmente interesantes sus «traducciones métricas» (*metrische Übersetzungen*) de *Iliada* II, 299-330, *Odisea* XII, 184-191 y Sófocles, *Traquinias* 1046-1102, que pueden considerarse «verdaderas traducciones» (*wirkliche Übersetzungen*) Carolus Atzer, *De Cicerone interprete Graecorum*, Diss., Göttingen, 1908, cit por el propio Buchner, *ibid*, llega al resultado opuesto: «vel ex primo cognoscimus versu Ciceronem esse non interpretem sed imitorem» («ya desde el primer verso nos damos cuenta de que C no traduce sino que imita») El concepto de traducción es muy elástico, y uno de sus extremos, el de la «traducción libre», puede rozar los límites de la imitación Las muestras que el propio Büchner aduce parecen indicar que, si no de imitación, se trata al menos de traducción libérrima. He aquí algunas tomadas del citado fragmento de la *Iliada*, v 299: μέννετε' *duros animo tolerate labores*; v 300: Κάλχας *auguris nostri Calchantis*; ib. ἤε καὶ οὐκί: *an vanos pectoris ortus*; vv. 303-4: ἄτ' ἐς Ἀγλίδα νῆες Ἀργαίων / ἠγερέθοντο *Argolictis primum ut vestita est classibus Aulis*, v. 304. κακά: *cladem pestemque*; v 307. καλῆ ὑπὸ πλατανίστῳ: *sub platano umbrifera*, etc.

7. Al referirse a sus versiones de autores griegos, Cicerón insistió siempre en el carácter libre de su procedimiento y en la distancia que mediaba entre este aspecto de su propia actividad literaria y el trabajo

del «intérprete». He aquí algunos pasajes que confirman lo que ya hemos visto en *De optimo genere oratorum*:

1) En *De finibus bonorum et malorum*, después de referirse en I 4 y 5 a tragedias griegas vertidas literalmente (*ad verbum*), que sin embargo se leían con gusto en Roma, prosigue en 6: *Quid si nos non interpretum fungimur munere, sed tuemur ea quae dicta sunt ab iis quos probamus, eisque nostrum iudicium et nostrum scribendi modum adiungimus, quid habent cur Graeca anteponant iis quae et splendide dicta sint neque sint conversa de Graecis?* («Y si yo no ejerzo el oficio de traductor, sino que atiendo a lo que han dicho los autores que me parecen valiosos y lo acomodo a mi juicio y a mi modo de escribir, ¿por qué han de preferir [mis lectores] los escritos griegos a lo expresado brillantemente sin haber sido traducido del griego?»). Y unas líneas después, al comienzo de 7: *Quamquam, si plane sic verterem Platonem aut Aristotelem, ut verterunt nostri poetae fabulas, male, credo, mererer de meis civibus, si ad eorum cognitionem divina illa ingenia transferrem. Sed id neque feci adhuc nec mihi tamen ne faciam, interdictum puto. Locos quidem quosdam, si videbitur, transferam, et maxime ab iis quos modo nominavi, cum incidit ut id apte fieri possit, ut ab Homero Ennius, Afranius a Menandro solet* («Por lo demás, si yo vertiera a Platón o Aristóteles como vertieron nuestros poetas obras teatrales, merecería sin duda el reproche de nuestros conciudadanos si para su conocimiento trasladara aquellos divinos ingenios. Pero esto, ni lo he hecho aún, ni pienso, sin embargo, que me esté prohibido hacerlo. Trasladaré, pues, algunos pasajes si me parece oportuno y cuando se tercie, sobre todo de aquellos que acabo de nombrar, como suele hacerlo Ennio con Homero, y Afranio con Menandro»).

Este pasaje requiere explicación. Los verbos *vertere* y *transferre* tienen aquí significados opuestos. *Vertere*, como *convertere* en *De optimo genere oratorum*, es el verbo genérico para designar el acto de pasar al latín el contenido de un texto griego. Lo cual puede hacerse de dos maneras: a) como *orator*, es decir, réfundiendo el original según lo estime conveniente el que lo latiniza (*nostrum iudicium et nostrum scribendi modum adiungimus*); b) como *interpres*, ateniéndose estrictamente no sólo a los pensamientos (*sententiae*) y al orden expositivo (*rerum ordo*), sino también a las palabras (*verba*), vertiéndolas una por una y esforzándose por darle al lector el mismo número de ellas (*ea adnumerare lectori*) que hay en el original (cfr. *supra*, 4.2.). *Vertere*, lo mismo que *convertere*, tiene el primer sentido cuando Cicerón lo usa refiriéndose a su propio modo de latinizar textos griegos. Pero, en el pasaje que ahora comentamos, *vertere* es *vertere ut interpres*; se refiere a la versión literal de algunas obras teatrales griegas aludidas poco antes en 4: *fabellas Latinas ad verbum e Graecis expressas* («piezas de teatro latinas vertidas palabra por palabra del griego»). Y *transferre* tiene aquí este mismo sentido, el de «trasladar (literalmente)».

Quiere decir Cicerón que, si trasladara palabra por palabra (*ad verbum*) a Platón o Aristóteles, prestaría flaco servicio a sus conciudadanos, pues no sería ésta la manera adecuada para traer a su conocimiento tan altos ingenios. Por eso él no ejerce el oficio de «intérprete» (*nos non interpretum fungimur munere*), sino que atiende a lo que han dicho los autores que le parecen valiosos y, acomodándolo a su propio juicio y a su modo de escribir, lo expresa con brillantez, sin trasladarlo literalmente del griego (*splendide dicta, neque conversa de Graecis*). Por lo demás, aunque nunca ha vertido a Platón ni Aristóteles como «intérprete», no piensa que le esté prohibido hacerlo. Más aún, está dispuesto a verter así, cuando le parezca oportuno, algunos pasajes, sobre todo de los dos que acaba de nombrar, como lo hicieron Ennio con Homero y Afranio con Menandro. Ennio, en efecto, incorporó a sus *Anales* pasajes de Homero, con frecuencia vertidos literalmente (cfr. Skutsch, «Ennius», *Paulys R. E.*, 1. Reihe, 10. Halbband, cols. 2610-13, con ejemplos) y Afranio, en sus comedias, hizo lo mismo con Menandro y con otros, según reconoce él mismo en un prólogo: *fateor, sumpsit non ab illo [Menandro] modo, Sed ut quisque habuit, conveniret quod mihi...* («lo confieso, tomé no sólo de él, sino de todo el que tenía algo que me conviniera...») (cit. por F. Marx, «Afranius», *Paulys R. E.*, 1. Reihe, 1. Halbband, col. 709).

El engarzar en sus propias obras pasajes de autores griegos traducidos a veces literalmente, práctica reconocida expresamente por Cicerón en el pasaje citado (*supra*, n.º 6) de *Tusc.* II 11, 26, no está, pues, en contradicción con lo que afirma en *De finibus* I 7.

2) En el libro III de esta misma obra, 4, 15, habla Cicerón de cómo se debe exponer en latín la doctrina de los estoicos, y dice: *Si enim Zenoni licuit, cum rem aliquam invenisset inusitatam, inauditum quoque ei rei nomen imponere, cur non liceat Catoni? Nec tamen exprimi verbum e verbo necesse erit, ut interpretes indiserti solent, cum sit verbum quod idem declaret magis usitatum; equidem soleo etiam, quod uno Graeci, si aliter non possum, idem pluribus verbis exponere. Et tamen puto concedi nobis oportere ut Graeco verbo utamur, si quando minus occurrit Latinum...* («Pues si a Zenón le fue lícito, cuando había descubierto algo inusitado, imponerle también un nombre nunca oído, ¿por qué no ha de serle lícito a Catón? Pero no será preciso expresar cada palabra por otra palabra, como suelen hacer los intérpretes faltos de elocuencia, cuando haya alguna que declare lo mismo siendo más usada. Por mi parte, suelo incluso, si no puedo hacerlo de otro modo, exponer con varias palabras lo que los griegos con una sola. Por lo demás, pienso que se nos debe permitir usar una palabra griega si alguna vez no disponemos de su equivalente latina»).

Cicerón aplica a la exposición de doctrinas filosóficas griegas la misma norma que en *De optimo genere oratorum* a su propia refundición de los discursos de Esquines y Demóstenes. Se basa también en la dicotomía

de *vertere*, uno de cuyos miembros podría ser aquí *vertere ut philosophus*. Catón debe exponer las doctrinas de los estoicos griegos vertiéndolas al latín como filósofo, con libertad para aplicar a conceptos nuevos palabras igualmente nuevas. Pero, cuando haya en latín una palabra que, significando lo mismo, sea más usada que la que habría que poner para verter literalmente otra griega, debe emplearse aquélla y no expresar cada palabra del original con otra latina, como hacen los intérpretes *indiserti* (faltos de elocuencia). Más bien debe hacerse como el propio Tulio: exponer con varias palabras, cuando no se puede de otro modo, lo que los griegos expresan con una. Y tampoco hay por qué retroceder ante el préstamo de palabras griegas cuando no se encuentran sus equivalentes latinas.

Debemos hacer aquí todavía dos observaciones. a) La expresión *interpretes indiserti* supone, indudablemente, un juicio valorativo, en que se compara al *interpres* con el *philosophus*, del mismo modo que en *De optimo genere oratorum* se le comparaba con el *orator*, y en ambos casos se sitúa al *interpres* no sólo en segundo lugar, sino en inferioridad manifiesta. Pero *indiserti* no tiene un significado tan peyorativo como el que suele atribuírsele (p. ej. H. Rackham, en Cicerón, *De finibus bonorum et malorum*, with an English Translation by , Harvard University Press, 1961, traduce *indiserti* por *clumpsy* «desmañado, chapucero, chabacano»), *indisertus* es simplemente el antónimo de *disertus* «elocuente». b) No se puede evitar aquí la referencia anticipada al célebre pasaje horaciano en *De Arte Poetica* vv. 133 s. *nec uerbo uerbum curabis reddere fidus / interpres*, que comentamos luego (n.ºs 12 y 13). Hay entre ambos pasajes tan estrecho paralelismo que no puede descartarse, aunque tampoco sea demostrable, un influjo directo de Cicerón en Horacio.

3) Cicerón expone el mismo criterio en *Off. I 6 sequamur igitur [] hac in quaestione Stoicos, non ut interpretes, sed, ut solemus, e fontibus eorum iudicio arbitrioque nostro [] hauriemus* («sigamos, pues, en esta cuestión a los estoicos, pero no como intérpretes, sino, como solemos, sacando de sus fuentes lo que mejor nos parezca»). Y en *Acad. I 10* compara sus escritos filosóficos con las piezas teatrales de poetas romanos que *non verba, sed vim Graecorum expresserunt poetarum* («no expresaron las palabras, sino la fuerza de los poetas griegos»).

8 Quintiliano, *Instit. Orat. X 5, 2-5*, proyecta nueva luz sobre el método y la finalidad de las versiones del griego por oradores romanos: «A nuestros antiguos oradores —dice— les parecía excelente (*optimum iudicabant*) verter del griego al latín (*vertere Graeca in Latinum*). Nótese el uso de *vertere*, el verbo usado por Cicerón, además de *convertere*, para significar lo mismo. Quintiliano cita seguidamente como prueba el testimonio que el propio Tulio, *in illis de Oratore libris* (sin duda se refiere al libro I, cap. XXXIV), pone en boca de L. Craso, éste confiesa allí que, en su juventud, le gustaba estudiar los discursos de los mejores oradores

griegos (*mihī placuit, eoque sum usus adolescens, ut summorum oratorum graecas orationes explicarem*), y así conseguía, al reproducir en latín lo que había leído en griego (*cum ea, quae legerem graece, latine redderem*), no sólo usar las palabras mejores, y sin embargo frecuentes (*ut non solum optimis verbis uterer, et tamen usitatis*), sino también crear, imitando las griegas, nuevas palabras latinas, siempre que fuesen idóneas (*sed etiam exprimerem quaedam verba imitando, quae nova nostris essent, dummodo essent idonea*) Aquí no se trata de traducción en sentido propio, sino de paráfrasis e imitación, según se confirma en la continuación del pasaje de Quintiliano *id Cicerō sua ipse persona frequentissime praecipit* («Cicerón personalmente recomienda con gran frecuencia este ejercicio»), *quin etiam libros Platonis atque Xenophontis edidit hoc genere tralatos* («más aún, publicó libros de Platón y de Jenofonte trasladados de este modo»)

Notemos esta última expresión *hoc genere tralatos*. Sabemos por lo dicho arriba (n^o 5) sobre la versión del *Económico* de Jenofonte, y por el testimonio de san Jerónimo, al que nos referiremos luego (n^o 9), que «este modo de trasladar» no era propiamente traducir sino imitar o refundir más o menos arbitrariamente Quintiliano consideraba esta imitación como ejercicio apropiado para desarrollar la elocuencia propia, allí mismo, después de atribuir igual práctica a Mesala, prosigue: *et manifesta est exercitationis huiusce ratio, nam et rerum copia Graeci auctores abundant et plurimum artis in eloquentiam intulerunt, et hos transferentibus verbis uti optimis licet omnibus enim utimur nostris* [nótese el paralelismo de esta expresión con las palabras que Cicerón, en el pasaje citado del libro I de *De oratore*, pone en boca de Craso: *non solum optimis verbis uterer, et tamen usitatis*] *Figuras vero, quibus maxime ornatur oratio, multas ac varias excogitandi etiam necessitas quaedam est, quia plerumque a Graecis Romana dissentiunt* («y es manifiesta la razón de este ejercicio. Pues los autores griegos tienen gran riqueza de contenido y llevaron la elocuencia a la cumbre del arte, y, al trasladarlos, podemos emplear las palabras mejores, pues todas las que usamos son nuestras. En cambio, las figuras, que constituyen el mayor ornato del discurso, es hasta cierto punto necesario elegir las en gran número y diversas, porque con mucha frecuencia se aparta el latín del griego») Estas figuras son sin duda las de dicción, no las de pensamiento

Quintiliano estima que incluso la refundición de obras latinas, sobre todo de poemas, puede ser muy provechosa para el orador: *Sed et illa ex Latinis conversio multum et ipsa contulerit Ac de carminibus quidem neminem credo dubitare* Y, al comienzo de 5, concluye: *Neque ego paraphrasin esse interpretationem tantum volo, sed circa eosdem sensus certamen atque aemulationem* («Y, a mi entender, la paráfrasis no debe ser mera traducción, sino competencia y emulación en la manera de expresar los mismos contenidos») Se trazan aquí con nitidez los perfiles de la versión aconsejable al orador, a la que se da expresamente el nombre de

vissent, ea Latinis litteris mandaremus), para lo cual, en su opinión, como ya hemos visto (n.º 7, 1), no era adecuada la traducción *verbum pro verbo*, que él consideraba propia del *interpres*

11 De todo lo que antecede podemos concluir:

1) Cicerón sólo menciona al *interpres* para marcar la diferencia entre la manera de verter propia de éste y la que correspondía a un *orator*.

2) Sólo indirectamente puede deducirse de sus palabras, sobre todo de lo que dice en *De optimo genere oratorum* (*supra*, n.º 4), qué entendía él por verter como *interpres* era sin duda lo que hoy llamaríamos «traducir literalmente». Le parecía un procedimiento aceptable para la versión de algunas obras de teatro, que los romanos y él mismo leían con gusto, pero inadecuado para exponer las doctrinas de los grandes filósofos griegos y para dar a conocer en Roma las piezas más ilustres de la elocuencia ática.

3) Cicerón nunca pretendió dar normas para la actividad de los traductores, ni sabemos que intentase promover un procedimiento intermedio entre su propia actividad refundidora y la traducción palabra por palabra que practicaban los *interpretes* de su tiempo. En *De optimo genere oratorum* expresa reiteradamente qué meta se propuso al verter como orador los célebres discursos de Esquines y Demóstenes: destruir el gran error común en lo relativo al modo de hablar en estilo ático (13), establecer una norma para los discursos de quienes deseen imitar la elocuencia ática (23).

Nada justifica, pues, que se le considere el primer teórico o preceptista de la traducción⁵.

II. HORACIO

12 Menos fundamento aún hay en un pasaje citado de Horacio para incluir a este poeta entre los preceptistas de la traducción. Me refiero a los versos 128-134 de su *Arte poética*

*Difficile est proprie communia dicere, tuque
rectius Iliacum carmen deducis in actus
quam si proferres ignota indictaque primus*

⁵ Estas conclusiones difieren mucho del juicio expresado por Rolf Kloepper, *Die Theorie der literarischen Übersetzung*, W. Fink Verlag, München, 1967, p. 22. «El primer adversario de la literalidad primitiva (*Der erste Gegner der primitiven Wortlichkeit*) y ejemplo muy citado del tipo [de traducción] opuesto a ella es Cicerón, hasta el siglo XIX, en parte incluso hasta el XX, es para la mayoría de los traductores el «Libertador» (*der «Befreier»*) frente a la presión excesiva de la lengua extranjera. El tipo de traducción con que sustituyó la «copia servil» (*Der Übersetzungstypus, den er an die Stelle der «sklavischen Kopie» setzte*) puede llamarse con algún derecho (*mit einigem Recht*) «traducción libre» (*«freie Übersetzung»*)»

paráfrasis y se le niega el de simple traducción (*interpretatio tantum*) El orador no debe ser *interpres* (traductor), debe parafrasear la obra de su modelo, competir con él y, si le es posible, superarlo

9 Finalmente, san Jerónimo, en su célebre epístola *Ad Pammachium de optimo genere interpretandi*, 5, cita como versiones hechas por Cicerón el *Protágoras*, el *Económico* y los dos discursos mencionados de Esquines y Demóstenes Pero los cita como ejemplos de traducción libre, con muy frecuentes omisiones, adiciones y cambios destinados a sustituir las peculiaridades de la lengua griega por las propiedades de la latina *Habeoque huius rei* —es decir, de la traducción que no se atiene a las palabras, sino al sentido— *magistrum Tullium, qui Protagoram Platonis et Oeconomicum Xenophontis, et Aeschinis et Demosthenis duas contra se orationes pulcherrimas transtulit Quanta in illis praetermiserit, quanta addiderit, quanta mutaverit, ut proprietates alterius linguae suis proprietatibus explicaret, non est huius temporis dicere* Jerónimo no sólo parece haber leído, sino estudiado, estas versiones ciceronianas, como puede deducirse de la expresión *habeoque* [] *magistrum Tullium, qui* [] *transtulit*⁴ Sería extraño que extendiera su juicio a todas las citadas, sin restricción *in illis*, si alguna de ellas ni siquiera la hubiese visto (Este testimonio parece disipar las dudas sobre la realidad de las versiones de los discursos de Esquines y Demóstenes, y también las relativas al carácter fragmentario de la versión del *Protágoras*)

Nótese, por otra parte, que lo dicho aquí sobre omisiones, adiciones y cambios en estas versiones latinas resulta incompatible con el concepto moderno de «traducción», incluso en su forma más libre El testimonio jeronimiano confirma que el *convertere* o *vertere* de Cicerón no era «traducir», sino «parafrasear», «refundir» o «adaptar»

10 Cicerón no procedía, pues, como *interpres*, sino como *orator* Su actitud ante los textos originales griegos y su forma de expresarse con relación a ella implican una comparación y una valoración para él era, sin duda alguna, muy superior el *orator*, mas no por eso dejaba de apreciar al *interpres* En *De finibus* I 4 no desaprueba que los romanos lean con gusto piezas teatrales latinas traducidas literalmente del griego (*fabellas latinas ad verbum e Graecis expressas*), afirma incluso (en 5) que, pudiendo él saborear en griego la *Electra* de Sófocles, se considera obligado a leer la mala versión latina de esta obra por Atilio (*tamen male conversam Atili mihi legendam putem*) Lo que le molesta (I 1) es que haya quienes desestimen su propia empresa de poner en latín como *orator* las doctrinas más elevadas e ingeniosas de los filósofos griegos (*quae summis ingenii exquisitaque doctrina philosophi Graeco sermone tracta-*

⁴ Vid *Cartas de San Jerónimo*, ed bilingüe, I, introd, versión y notas por Daniel Ruiz Bueno, Madrid, B A C, 1962, p 490

*Publica materies pruatı uris erit, si
non circa ulem patulumque moraberis orbem,
nec uerbo uerbum curabis reddere fidus
interpres*

Lo que suele citarse como norma para traductores es el verso 133 y la primera palabra del siguiente:

*nec uerbo uerbum curabis reddere fidus
interpres*

Leídas estas palabras en el contexto de los versos anteriores, cualquiera que sepa latín comprende al punto que aquí no se trata de recomendar, como tantos han creído, la traducción libre. Al escribir estos versos, Horacio no da consejos a traductores, sino a poetas noveles: no deben éstos buscar a toda costa originalidad en lo que dicen, sino en la manera de decirlo. No es fácil tratar con novedad temas comunes; pero quizá tú, joven poeta, puedes escenificar la *Iliada* con más acierto que si representaras argumentos desconocidos. La materia pública pasará a ser tuya si no te quedas en un círculo bajo y trillado y *no tratas de reproducir el argumento palabra por palabra como fiel intérprete*. Horacio sólo se refiere al «intérprete» o traductor como término de comparación: cuando el poeta se decide a tratar un tema conocido, no debe reproducirlo con las mismas palabras con que lo expone su fuente, si así lo hiciera, obraría como «fiel intérprete».

No se dice aquí cómo debe proceder el *interpres*. Puestos a escudriñar el pensamiento horaciano y a buscar en él una norma para el traductor, más que un elogio de la traducción libre, podríamos ver la idea de que el traductor, para ser *fidus*, «fiel», debe traducir palabra por palabra. Pero esto sería buscarle cinco pies al gato.

13 Parece que fue san Jerónimo el primero que atribuyó a las palabras de Horacio el sentido erróneo que luego se les ha venido dando desde la Edad Media hasta nuestros días⁶: «*Sed et Horatius* —dice en el § 5 de

⁶ R. Kloepfer, *o. c.*, pp. 20 s., menciona «una especie de teoría de la literalidad radical (*der radikalen Worthlichkeit*)» desarrollada a mediados del siglo xv por el humanista alemán Niclas von Wyle, quien, «como casi todos los que antes y después de él se han manifestado acerca de la traducción», toma como punto de partida, aunque para aconsejar lo contrario, el pasaje horaciano «*oracius flaccus in siner alten poetrye [] schribet, daz ain getruwer tolmetsch vnd transferyerer nit sorgfeltig sin soll, ain yedes wort gegen ain andern wort zuverglychen, sunder syge gnug, daz zu zyten ain gantzer sine gegen ain andern sine verglychet werd []*» Pierre Daniel Huet, en la página 54 de su obra citada, dice que el pasaje de Horacio ha sido entendido como apoyo a la traducción libre «*ab eruditis hominibus Bonamico, Lusino, Parrhasio et Badio, ut de Hieronymo taceam*». Recientemente lo han interpretado en el mismo sentido, entre otros, B. Q. Morgan, «*Bibliography* 46 B C - 1958», en R. A. Brower ed., *On translation*, Boston, 1959, repr. New York, 1966, p. 274, F. Guttinger,

su epístola *Ad Pammachium*—, *uir acutus et doctus, hoc idem Arte poetica erudito interpreti praecipit*

*nec uerbum uerbo curabis reddere fidus
interpres*

Este famoso pasaje —como escribí en mi comentario «Traducciones bíblicas y traducción literaria» a propósito del penúltimo libro citado en la nota 6 (*Arbor*, n.º 385, enero de 1978, p. 106)— es ejemplo de dos cosas de cómo un texto sin contexto puede interpretarse erróneamente, y cómo afirmaciones equivocadas se aceptan y se transmiten sin crítica. Sin embargo, ya Huet nos advierte que la interpretación del pasaje horaciano la habían discutido otros antes que él. «[] *Horatu loco, de quo non nunc primum inter Grammaticos habita est concertatio*» (o c., p. 62), y explica cómo se produjo el error. Jerónimo —según cuenta él mismo en su epístola 22, a Eustoquia, *De uirginitate seruanda*, 30—, en una especie de sueño o éxtasis que tuvo durante una enfermedad grave sufrida en su juventud, fue llevado ante el tribunal de Cristo y severamente azotado por ser más ciceroniano que cristiano. Prometió entonces con juramento desechar y no volver a tener ni leer los libros profanos «*Domine, si unquam habuero codices saeculares, si legero, te negaui*». No es, pues, extraño —piensa Huet— que, al escribirle a Pamaquio después de tanto tiempo (*tanto post intervallo*) sobre la mejor manera de traducir y al citar de memoria algunos pasajes, se acordara súbitamente de aquel verso de Horacio, que, separado de los anteriores, fácilmente se tuerce hacia el sentido que le da Jerónimo (*Horatianus ille versus, qui a superioribus disjunctus in Hieronymi sententiam facile detorquetur*). Si hubiera podido consultar todo el pasaje, es seguro que a su gran perspicacia no se le habría ocultado el verdadero sentido.

Desde entonces, muchos doctos han preferido aceptar la interpretación prejuzgada por Jerónimo, en vez de examinarla por sí mismos

Zielsprache, Theorie und Technik des Übersetzens, Zurich, 1963, p. 64, G. Folena, «Volgarizzare» e «tradurre» Idea e terminologia della traduzione dal Medio Evo italiano e romanzo all'Umanesimo europeo», en *La Traduzione Saggi e Studi*, Trieste, 1973, p. 63, W. Wilss, *Übersetzungswissenschaft Probleme und Methoden*, Stuttgart, 1977, p. 30, y Luis Alonso Schokel, *La traducción bíblica lingüística y estilística*, Madrid, 1977, p. 408. Th. S. Savory lo pone como lema en la portada de su libro *The Art of Translation*, London, 1957.